

RECUERDO ÍNTIMO DE JOSÉ MARÍA ASCUNCE

Rafael HUERTA CELAYA

El presente texto, que transcribimos a continuación, fue escrito por el escultor Rafael Huerta (Bilbao, 1929). Este artista, hijo del escultor Moisés Huerta, comenzó su formación artística en el taller de su padre en Bilbao y más tarde cursó estudios en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Su actividad profesional se ha repartido siempre entre la escultura y la pedagogía. En 1952 obtiene la plaza de profesor de modelado y vaciado en la Escuela de Artes y Oficios de Corella, trasladándose veinte años más tarde a la Escuela de Artes y Oficio de Pamplona, centro del que ha sido uno de sus fundadores y que llegará a dirigir. El texto original, inédito hasta ahora, lleva fecha de 11 de noviembre de 1994. Se escribió para honrar la memoria de su compañero y amigo, el pintor José María Ascunce (Beasain, 1923 – Pamplona, 1991) con ocasión de la exposición antológica que tuvo lugar en el Museo de Navarra (17 noviembre 1994 al 8 enero 1995). Dicho texto fue leído en la presentación de esta exposición. Recogemos ahora estos apuntes al entender que conllevan unas magníficas reflexiones sobre este pintor y sobre el arte en general.

Las personas que acudieron al acto de homenaje en el Ateneo de Pamplona, en octubre de 1991, recordarán que, en aquella ocasión, tampoco pude estar presente y mis notas sobre Ascunce se tuvieron que leer. Cuando me dispongo a improvisar estos datos lejos de Pamplona, el temor que tengo es el mismo de entonces; no haber visto la exposición se añade a la prisa y desconocimiento acerca de lo que hayan dicho otros comentaristas. Por eso, mi aportación se dirige, básicamente, a mi relación con él en unos tiempos de formación que habrían de grabar el futuro artístico de ambos. Y todo ello a vuela pluma, sin posibilidad de enmiendas y pidiendo disculpas por la falta de tiempo. Me estoy refiriendo a nuestro encuentro en Corella, en 1952, hace ya cuarenta y dos años. Él, profesor de dibujo artístico y pintura y yo de modelado, en aquella inolvidable Escuela de Artes y Oficios de Corella, un proyecto insólito en una ciudad de cinco mil habitantes. Posiblemente algunos de los cuadros que ustedes van a ver, recuerden que yo no he visto la exposición, se pintaron en dicho centro y con la oportunidad personal de que yo presenciara su gestación. Por tanto, ese fue mi privilegio y la principal razón de solicitar mi colaboración ahora, pues como crítico y hombre dado a escribir no alcanzaría ese mérito.



José M^a Ascunce.

Quienes nos conocieron seguro que pensaban en nuestros caracteres tan dispares. Ascunce hablaba poco, había que sacarle las palabras; yo era lo contrario. Por eso, a la hora de exponer criterios la cosa terminaba en

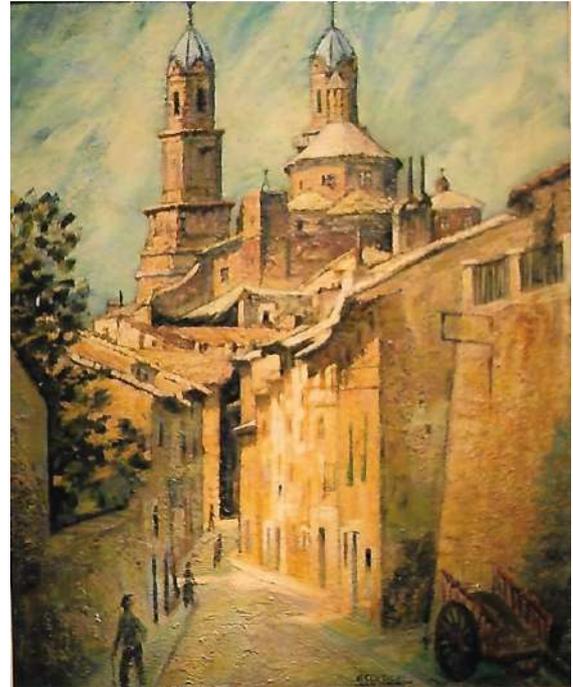
monólogo. De ahí que las anécdotas sobre Ascunce, lo que se puede contar de él como hombre y como pintor, deben remitirse a sus actos, a sus obras. Resulta que tal circunstancia, aplicándola a los tiempos que vivimos, me parece significativa y aleccionadora. Pero antes he de decir como esa peculiaridad no debe llevarse a un grado extremo. José María Ascunce era un hombre de la cuenca, de los de mirada y gesto, de los que te observan y siempre crees que no te dice todo lo que piensa, pero no por conveniencia; sencillamente que no sienten la necesidad de comunicarse constantemente. Y digo aleccionador pues, en estos tiempos de descaro, en los que, por referirme solo a nuestro gremio del arte, la gente cacarea antes de poner el huevo, estamos hartos de ver encaramarse, o pretender hacer una exposición, a jóvenes que no saben siquiera mezclar los colores. La vida escrita de Ascunce, realizada con honrada y tiempo, sería una lección que debería hacer reflexionar a más de uno.



Ascunce (en el centro) en San Fernando, 1950.

Hay, por tanto, muchas cosas relevantes en su vida; para mí fue siempre un ejemplo. Mi constante fue hablar mal de lo que no me gustaba y muchas veces pasaba, pero él no. Yo me arrepentía, pero él no tenía que hacerlo nunca. Esa era su gran ventaja. Quien conozca la pintura de Ascunce, el que haya reflexionado alguna vez ante un cuadro suyo, viéndolo con pretensiones psicológicas, y haya llegado a sus convicciones, también conocerá su persona. La obra es la mejor grafología para identificar al pintor, a condición de que se pinte lo que se siente, sin querer parecernos a nadie, sin envidiar a nadie. Si añadimos que, puestos en el camino, no tenemos prisa por llegar, como le sucedió a

Ascunce, se estaría sentando las bases del modo de proceder del estudiante a artista.



Corella. Óleo/lienzo. 80 x 65 cm. c. 1955.

Ascunce fue pintando sus cuadros de un modo increíblemente tenaz, al menos así era durante los muchos años que vivimos en Corella. No era de los que comienzan un cuadro y lo alternan con otro. Era un pintor sin dudas aparentes. Se puede decir que "edificaba" un cuadro, pues lo ibas viendo surgir como una manzana arquitectónica, lenta pero inexorable. Alguna objeción de hecho le planteaba. Casi nunca obtuve contestación. A veces se quedaba mirando hacia la zona indicada; eso sí, no sé por qué, sin mirarte.

Al llegar el invierno ventoso y helador, a cinco grados bajo cero muchos días, no se podía pintar en el campo, casi no se podía pintar en ninguna parte. Cuando lo hacía en la Escuela, hay que recordar que nuestro horario lectivo era de siete a nueve de la noche, ¿qué pintaba? Hacía sus bocetos, siempre paisajes, directamente. Jamás, que yo sepa, usó o se valió de fotografías. Era un gran andarín y le encantaba el campo. Esos bocetos luego los ampliaba. Así fueron realizados algunos cuadros de mayor formato. Pero sólo procedía de este modo por necesidad. Él fue un pintor en directo, pues sabía los riesgos que puede producir, y la dificultad que encierra, pintarse a sí mismo.

Quisiera recordar ahora, brevemente, cómo las trayectorias de los artistas pueden sintetizarse en dos tendencias. Los primeros son aquellos que su temperamento los lleva a seguir detrás de alguien que triunfa; y después de otro y de otro, aunque se tenga que cambiar en todos los casos de concepto para, al final de su vida, ser un producto de todo ello. Esos, pintan apoyados en sus teorías casi literarias y son muy dados a filosofar, incluyendo en su repertorio citas de hombres ilustres. A ellos no pertenecía nuestro amigo Ascunce. Hay otros artistas que, incluso no deseándolo, solo pueden ser ellos mismos. Así fue mi padre, así fue Ascunce y así, para estar todos, era o soy yo. Hombres que, aunque admiren otras cosas, solo pueden hacer lo que sienten. Como dicho proceder acontece desde muy jóvenes, su obra es especialmente armoniosa y coherente. El que navegue por otras aguas a mí no me parece mal, sólo digo que genio y figura a veces, afortunadamente, no tiene otra alternativa.

Así vi progresar la obra de Ascunce, cada vez pareciéndose más a sí misma. Cuando vuelve a su estudio sigue con sus cosas. Disfrutó de muchas ocasiones para poder cambiar. Me consta que, en sus viajes, con estancias prolongadas fuera de España, en París sobre todo, dispuso de las circunstancias necesarias para cambiar. Sin embargo, creo que volvía de allí más apegado a sus "magras" que al foie-gras de los impresionistas. Con todo, podría decirse, apurando las cosas, que nadie es solo él. Ascunce necesitó, para alcanzar su peculiaridad, que antes nacieran y pintaran otros artistas como Zuloaga y Benjamín Palencia; y algunos más, pocos, que por afinidad necesariamente habría de encontrarse en su camino.

Me interesa ahora subrayar lo que pensábamos hace ya tantos años. Recuerdo como Ascunce se manifestaba conforme con aquella teoría fundamental de no temer la coincidencia de hacer lo que otro ya hizo, si a ello nos lleva el modo de ver y sentir las cosas, saliendo al paso de los que pregonaban aquello de renovarse o morir ¿Y si en el renovarse a todo trance, sin motivaciones, sólo por el mero hecho de ser un inconformista, tu trabajo quedaba reducido a ver de reojo lo que hacía la vanguardia y el otro ojo lo dedicabas a desenfadarte y pegar en el lienzo lo que se te ocurriera? Entonces, ¿Qué sería de la satisfacción que siente quien cree que acierta a llevarse en el lienzo lo que vio en el campo y que otros lo vean y lo disfruten igual que él?

Se llegaba también a la conclusión de que por encima de la pintura está la persona, debería estar siempre la persona y lo que ésta hace, al servicio de la felicidad. Creo que Ascunce fue siempre fiel a este principio, algo que me parece básico si queremos entender la pintura de este artista. Habría que considerar que, por entonces, llegaban a España, con notorio retraso, los istmos, la pintura abstracta, que muchos acogían en la Escuela de San Fernando con entusiasmo. Era notorio que los primeros eran los que peor dibujaban; ¡menudo alivio que debieron sentir! Han pasado los años, muchos años ya, y con ellos se ha clarificado la pintura. De aquellos entusiastas, unos volvieron sobre sus pasos y otros no. Los figurativos, los que nunca cambiamos la actitud, jamás creo que nos arrepentimos. Esto lo dejó bien escrito, son su obra, José María Ascunce.

Huerta y Ascunce en 1957.
Exposición en la Sala Arte
de Bilbao.





José Mª Ascunce. Cintruénigo. Óleo/lienzo. 75 x 105 cm. c. 1960.

La actitud inmovible no siempre ha de ser inmovilismo. Puede tratarse también de esa seguridad que nace de la persona y que hoy está más vigente que nunca para servir de reflexión a tanta desorientación y mediocridad como soportamos actualmente. A veces, creo yo, fomentada por una cultura oficialista, donde siempre están los mismos; pero, especialmente atribuible a una pedagogía que se inhibe y deja hacer, criticando así el compromiso de la crítica auténtica y saboreando la comodidad de no hacer nada. Todas las tonterías que es capaz de hacer un alumno en libertad son encomiadas por su profesor. Claustros así no serán los que arreglen el arte.

Esto me lleva a la otra gran faceta de nuestro pintor, su trabajo pedagógico ¿Qué buen profesor de pintura tuvieron las Escuelas de Corella y de Pamplona! También me consta que siempre iba a su trabajo en la Escuela con satisfacción. De hecho, ya jubilado, nos visitaba con visible añoranza.

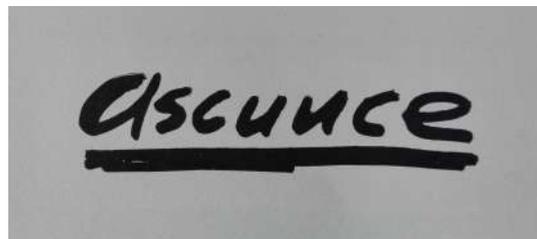
A llegar a este punto recibo fotocopias del catálogo de la exposición de Ascunce, con la presentación de Javier Zubiaur y las colaboraciones de Larrambeberre, Manterola y Martín Cruz que, amablemente, me propor-

ciona Amaya Ascunce. ¡Lástima no haberlas leído antes para confrontarlas con este escrito y sacar conclusiones de cómo ven otros amigos al pintor!; ellos son significados críticos. Todos acabamos coincidiendo en que Ascunce era un hombre bueno. Ya sé que la bondad no tiene prensa y que no es noticia. Parece que el hombre puede ser diabólico con tal de que sea genial a ratos. Sin embargo, con los años, admiro más al gran hombre que una gran obra. Son más abundantes las obras geniales que los hombres de palabra, en los que se puede creer y fiar.

¿Cómo pensaba Ascunce? Hay que entender que tuvo presente, como cristiano que era, lo importante de vivir en paz con uno mismo, crear una gran familia de artistas, como él creó, y ganarse el afecto y la admiración de la mayoría. Seguro que todo ello, al final, le importó más que su valoración como artista. Lamento muchísimo no haber coincidido con él hasta su final; pero estoy seguro que esto era lo que pensaba. No creo que la calidad moral impida el progreso de un pintor, más bien todo lo contrario. Pero no nos engañemos. Si Ascunce no se hubiera demarcado desde el principio de los figurines, de los trepadores, su trayectoria podía haber dejado constancia de grandes encargos, de

donde hubiera crecido y trascendido a la vida pública. No siempre tenemos obras que nos ponen al límite de nuestras fuerzas y, sobre todo, que nos permiten lucirnos. Sin embargo, curiosamente, después la gente se queja de que no hagan otra cosa que atender pequeños encargos para seguir viviendo. Detrás de un artista, o delante de él, tiene que existir una sociedad que demande arte. Seguimos sin entender que no hay mejor inversión ni pública ni privada. Pero, en último extremo, ni los trepadores ni los buscones se puede afirmar que tengan nada que aportar. Una de las pocas cosas que España puede exportar son sus artistas, los de verdad, los auténticos. Por ello deseo subrayar este homenaje y felicitar a quienes lo hacen posible, aunque creo que todos los artistas cambiaríamos homenajes por encargos en vida.

perjuicio que tienen que sufrir resulta como consecuencia de su apego a la tierra con la que se encariñan, sin pensar en el precio que les hace pagar al quedar a veces desconectados de los ambientes más propicios.



Exposición Lasterra en Tudela, 1964.
Ascunce — Larrambebere — Manterola —
Iribarren Gil — Ana M^a Parada — Lasterra.



Una última reflexión, ¿Ascunce tuvo ocasión de pintar grandes lienzos para organismos oficiales, como se hubiera merecido? porque luego si no decimos esto y nos ponemos a pensar, nos quedamos con la sensación de que el pintor no hizo más ¿Hubiera rechazado algún encargo así? Con todo, apresurémonos a decir que los artistas navarros tienen más apoyo que seguramente los del resto del país, no siendo Ascunce una excepción. Pero no basta con eso. Es probable que el mayor

Yo les animo a ver y admirar no solo aquello que reúne la exposición de Ascunce sino lo que hubiera hecho en otras circunstancias, para así despejar algunas críticas que podrían hacernos caer en la tentación de echar de menos unas obras heroicas u menos pedagogía. Casi siempre se hace lo que se puede; ¡y contentos! que decía aquel alumno corellano cuando le mencionaba su retraso. No le faltaba razón.